

Payro, Roberto Jorge
Historias de Pago Chico

Num. 21

EDICIONES SELECTAS
AMERICA
CUADERNOS QUINCENALES DE LETRAS Y CIENCIAS

ROBERTO J. PAYRÓ



Historias de Pago Chico

Dirección y Administración
RECONQUISTA 375
Buenos Aires
1920

GRAN BONETE

UNA REVISTA PARA NIÑOS

La pedagogía moderna, ha hallado en las publicaciones para niños, el medio más eficaz para influir con los resultados de sus investigaciones, en la más sana orientación de las mentalidades infantiles.

Imposible resulta querer implantar los métodos que esta ciencia va obteniendo después de un constante estudio del alma del niño, encomendando todo ello a los padres o a los maestros; en primer lugar, por que el estudio de tales ciencias, demandaría quizás más tiempo que el de una vida y mayores experimentaciones de las que la naturaleza les depara; y luego porque quizás sea otra la misión real del hogar y de la escuela, como centro de ejemplo diario y fecundadores de elementos generales.

Las revistas y los libros para niños, cuando son guiadas hacia nobles propósitos, tienen la ventaja entre todos los medios de enseñanza que:

1.° El niño los anhela, pues constituye para ellos un deleite.

2.° La variedad de temas y de colaboradores, unido a la diferencia de métodos, permite amoldarse más eficazmente a los distintos temperamentos de los niños, cosa imposible en la enseñanza general y hasta en la particular.

3.° Las presentaciones gráficas, enriquecen esta enseñanza, pudiendo hacerla en gran parte visual.

4.° El dibujo y la decoración, pueden también orientar en este sentido al niño, hacia un más refinado gusto artístico.

Siguiendo únicamente y exclusivamente tales principios, es que la editorial «VIRTUS» ha preparado GRAN BONETE, proponiéndose crear una publicación que al deleitar al niño, le proporcione conocimientos hoy indispensables en la lucha diaria, le aguze el instinto de observación, desarrolle su actividad inductiva y encauce su afectividad en un equilibrado amor a la naturaleza y al trabajo.

Hecha con un carácter popular, necesitamos de la cooperación de todos, para realizar lo que a nadie escapa, es obra de mejoramiento humano y de santo amor a las almas puras.

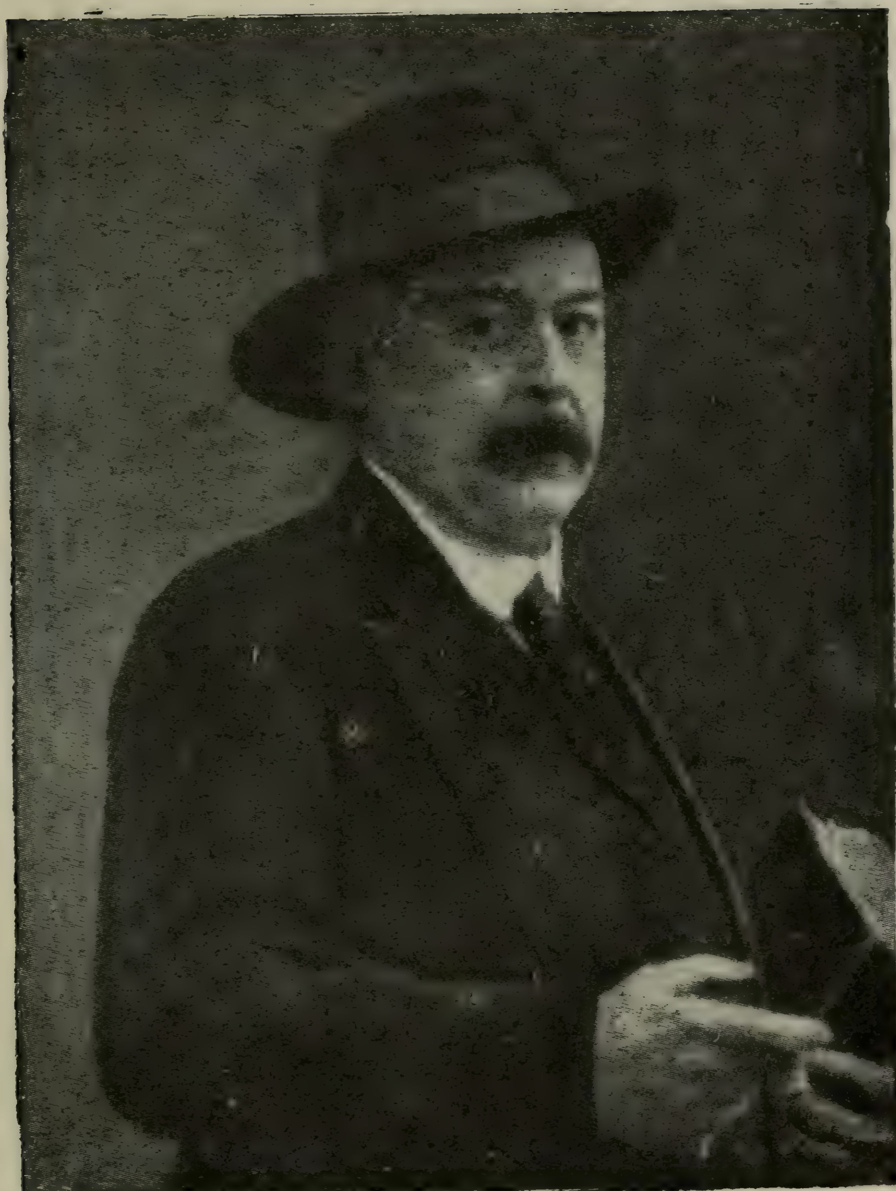
Hacemos pues un llamado a todos los padres y maestros, para que unan sus esfuerzos a los nuestros, difundiendo nuestra revista y ofreciéndonos sus ideas y observaciones. Repitiendo las palabras de un sabio, podemos decir: «*Convidamos a los padres —sobre todo a las madres de familia y a los educadores—a salvar la infancia*.

EDICIONES SELECTAS AMERICA

ROBERTO J. PAYRÓ

Historias de Pago Chico

DIRECTOR
SAMUEL GLUSBERG
BUENOS AIRES
1920



Roberto J. Payró

La geografía de Pago Chico no se reduce a los límites de un pueblo provinciano así como los sucesos de las Divertidas aventuras de un nieto de Juan Moreira *no representan la historia de su protagonista: este protagonista encarna una moral, la mala moral que ha hecho del país un nido de aventureros políticos, de caudillos audaces. Pago Chico, a su vez, no es un lugar definido sino la síntesis de la república toda. Es el escenario en cuyo fondo se mueven figuras que tanto podrían ser de Tucumán como de Bahía Blanca. Resumen la vida triste y monótona de los rincones rurales, de las ciudades adormecidas a la vera de su línea férrea y cuyos habitantes padecen, intrigan, trabajan, se afanan.*

Payró nos deja entrever en sus leyendas — leyendas sencillas y admirables — sus deformidades morales, sus tortuosidades ingeniosas, su existencia de pícaros ingenuos. Lo hace con buen humor constante, con una amenidad contínua que esconde su pesimismo de pensador y

de crítico de la sociedad. ¿Acaso no son pesimistas todos sus libros? Pero su pesimismo tiene algo de docente: en el fondo de esas leves caricaturas provincianas, de esas almas ensombrecidas por la inquietud de vivir y de llegar, vislumbramos el alma propia de Payró a quien los azares numerosos y la experiencia incesante no han privado de la aptitud del ensueño y del beneficio de la esperanza.

Es por eso que su pesimismo es benévolo y como tal se insinúa en su obra, tan vasta y tan diversa, con una sonrisa de ligera melancolía. Payró trabaja por el bien del país y ha asumido la más difícil de las tareas: la tarea del que reprende, del que corrige, exhibiendo las deficiencias espirituales en seres vivientes. ¿No son personas efectivas las que vemos en Pago Chico? ¿No simboliza en ellas a tipos de nuestra vida colectiva, a defectos nacionales, a hechos que definen nuestra psicología de pueblo? Y en tal caso, ¿no ha logrado Payró el más grande de los méritos literarios, el mérito de crear tipos humanos y reflejar en ellos un momento de la familia social de que brotan?

ALBERTO GERCHUNOFF.

EL CAUDILLO

Don Ignacio era el hombre de la oposición en Pago Chico. Las autoridades lo miraban como su bestia negra, y el pueblo, siempre descontento, tenía puestas en él sus esperanzas, seguíalo en todas sus empresas políticas, le daba a defender sus intereses. Sin D. Ignacio, Pago Chico hubiera sido un cementerio de vivos; con él, siquiera se ejercía el derecho del pataleo.

No era D. Ignacio muy largo, pero alguno de sus correligionarios hallaba modo de lograrle préstamos y donativos, ya para sus necesidades personales, ya para lo mismo, pero bajo el pretexto de gastos de propaganda. Él se sometía refunfuñando, pues, ¿cómo ser jefe de partido si se comienza por descontar a los partidarios? Pero apuntaba... Su viejo cuaderno de notas, tenía páginas como ésta:

	PESOS
Prestado al gordo, que está sin trabajo.	5'00
A Juan para la copa.	0'20
Un letrero y una bandera para el comité.	15'50
A la china Dominga para que haga venir a sus hijas a la inscripción.	25'00
Una docena de bombas.	6'00

Sumaba cuidadosamente D. Ignacio estas partidas, que en tres años de oposición a todo trance habían alcanzado a formar una gruesa suma, — cuatro a cinco mil pesos — y no examinaba su cuaderno sin lanzar un suspiro y sumirse en profunda meditación.

— ¿ Quién pagará estas misas ? — se decía.

O, conversando con sus tenientes, hablaba de la patria, de los deberes del ciudadano, de los sacrificios que hay que hacer en pro de la libertad, de la abnegación que exigen los partidos de principios, para terminar diciendo :

—Yo soy el pavo de la boda.

Silvestre, el boticario, se encogía de hombros instruído de las alusiones de D. Ignacio, y considerando que de todos modos su popularidad le salía barata en estos tiempos en que no se puede ser popular sin dinero. Alguna vez le insinuó, con frase no muy atildada :

—El que quiera pescao, que se moje... el que le dije.

Acercábanse las elecciones ; el gobierno de la provincia, preocupado por la importancia que iba tomando la oposición, había resuelto darle una válvula de escape, dejándola introducir algunos de los suyos en las municipalidades de campaña.

Pero esta resolución no era conocida, y la efervescencia popular continuaba a más y mejor. En Pago Chico preparábase un miti, un metín, o cosa así, que debía tener lugar en el antiguo reñidero de gallos, único local fuera de la cancha de pelota, apropiado para la solemne circunstancia, puesto que el teatro — un galpón de zinc — pertenecía a don Pedro González, gubernista, que no

quería ni prestarlo ni alquilarlo a sus enemigos de causa.

Llegado el día, D. Ignacio, — que había contratado la banda a su costa, hecho embanderar el reñidero, y comprado unas docenas de bombas de estruendo — esperó impaciente la hora de su discurso ya mil veces repetido en todos los tonos, palabra más, palabra menos, durante sus tres años de caudillaje.

Cuando subió a la improvisada tribuna, rodeábalo un pueblo vibrante y entusiasta que sólo pedía correr al sacrificio, a la lucha, al atrio, a las urnas. D. Ignacio estaba radioso. Sus palabras hicieron el acostumbrado efecto arrebatador, especialmente cuando, con grandes gritos y violentos ademanes, reprodujo la frase:

« Los mandatarios impuros que engordan a costillas del abdomen del pueblo, no pueden continuar un día más en el poder. El gobierno local tiene que entregarse a personas honradas que no roben, a hombres sanos que no se apoderen de las rentas, a ciudadanos que sean capaces de relamberse junto al plato de caldo gordo sin tocarlo con un dedo. »

Los bravos, los vivas, los palmoteos estallaron como siempre, o por mejor dicho, más que nunca, cubriendo la voz del orador que al fin logró dominar el bullicio gritando:

— ¡ Conciudadanos ! ¡ Viva la honradez administrativa !

— ¡ ¡ Vivaa ! !

— ¡ Abajo los espoliadores del pueblo !

— ¡ Abajo ! ¡ Mueran ! ¡ Viva don Inacio ! ¡ Viva la honradez ! ¡ Viva el patriota !

¡ Shuitz. . . pum ! y música, grandes golpes de bombo,

alaridos de pistón.., y otra bomba y otra. ¡Qué entusiasmo, qué delirio! ¡Pra-ta-ra-trac-pum! ¡un cohete! y vivas y más vivas, una algazara, un jubileo como nunca se vió en Pago Chico, tanto que el batarás encerrado en un cajón, encrespó la pluma, golpeó los musculosos flancos con las alas y lanzó un ronco y estentóreo co-co-ro-co, como diana triunfal del vencimiento.

· ¿Qué le ha parecido el métin, don Ignacio — preguntábale por la noche Silvestre.

— ¡Oh! Magnífico! Me ha costado más de quinientos pesos!

Mentira. Gastó sólo ciento cincuenta, pero con tal habilidad...

Silvestre lo miró de arriba abajo, sardónico, se encogió de hombros, clavóle la vista entre ceja y ceja, y metiéndose la mano en los bolsillos del pantalón, exclamó:

— Nuestra Señora del Triunfo nunca ha sido popular.

D. Ignacio se encrespó como el gallo del reñidero, y se puso rojo de ira.

— ¡Vos te crés que lo digo de agarrau! ¿Y a mí qué m'importa la plata?... ¡Pero lo que es otro no sería tan pavo!... Ya llevo gastada una porretada de pesos, sin que nadies miagradezca.

Mientras esto decía el caudillo, Silvestre había tomado la guitarra — estaban en la botica — y cantaba acompañándose con grandes golpes de uña en las seis cuerdas:

Y ásime... gustáun... tirano
c'abra labocay... no grite!

El jueves llegaron dos delegados gubernistas de la capital para preparar las elecciones comunales del domingo. Apenas instalados, trataron de provocar una entrevista con don Ignacio, para hacerle proposiciones. Pero Silvestre — la oposición dentro de la oposición — estaba allí oído alerta, ojo avizor, humeando como politiquero de raza la componenda en ciernes, adivinándola antes de que se hubiera iniciado.

Viera, a todo esto, había visto obscurecerse su estrella, eclipsada por la triunfante de don Ignacio. Tampoco él quería « componendas », y así escribió en *La Pampa*. Inútilmente, porque el meeting había dado el mando a su rival, sostenido por los envidiosos de la popularidad del periodista, y por los que sólo hacían política opositora buscando una ubicación, amen de los que D. Ignacio compraba como se ha visto. No faltaron, pues, las previsiones, los vaticinios, las amenazas de perder lo hecho sin esperanza de rehacerlo más tarde...

Sin embargo, la entrevista tuvo lugar, D. Ignacio no pudo resistir a una transacción que los llevaba de golpe y zumbido á la Municipalidad, que él creía tan verde aún, y el domingo siguiente resultó electo concejal, a pesar de los aspavientos de Silvestre, de las artículos-brulote de Viera, y la agria censura de gran parte de sus partidarios del día anterior.

—Llegado al Concejo, sus colegas gubernistas, dirigidos por los delegados de la capital — no era la primer zorra que desollaban éstos — lo designaron para intendente.

—En una semana se habrá desmonetizado, — decían aquellos profundos políticos.

Pero la mayoría de los oficialistas protestaba irritada contra lo que consideraba una cruel e inmerecida derrota; en cambio, el ex-intendente, un cuyano ladino, caudillejo él también, declaraba divertidísimo que aquella evolución era « de mi flor ».

— ¿ No le parece una barbaridá, Paisano — así le llamaban — que hayan hecho intendente a don Inacio ?

—El Paisano sonreía, encendiendo el negro, y luego, sacándoselo de la boca, contestaba con toda calma, y no sin algo de burla :

— ¡ Dejenló pastiar qu' engorde !

Y, en efecto, D. Ignacio comenzó a engordar en la Intendencia, haciendo en ella lo que sus antecesores, y rebañando cuanto pesito encontraba a su alcance.

Un día tuvo una grave explicación con Silvestre, que le echaba en cara sus procederes administrativos, muy alejados de la honradez acrisolada que exigiera en tanto discurso, en tanta proclama, en tanta profesión de fe a los pueblos en general y al de Pago Chico en particular.

— Mire don Inacio, ¡ lo qu'est'haciendo es una vergüenza !

Don Ignacio lo miró de hito en hito :

— ¿ Y qu'estoy haciendo, vamos a ver ?

— ¿ Quiere que le diga ? ¿ quiere que le diga ? ¡ No me busque la lengua, canejo !

—Decí, decí no más,

¡ Está robando como los otros !

El caudillo estuvo a punto de pegarle, pero se dominó, tragó saliva, y cuando se creyó bastante dueño de sí mismo, dijo con tono convincente:

—¿Y a mí quién me paga lo qu'hecho? ¿Y la platita que mián comido?...

Y después de una pausa, más insinuante aún, confidencial y tierno, exclamó como quien esboza un sublime programa:

Dejá que me desquite y verás que honradez!...

EL DESQUITE DE DON INACIO

La historia del gobierno de don Inacio, llegado por maquiavélica combinación política a Intendente Municipal de Pago Chico, sería tan larga y tan confusa como la de cualquier semana del nebuloso y anárquico año 20. ¡Como que duró más de una semana ¡duró mes y medio!

Mes y medio lo tuvieron de pantalla los oficialistas, desprestigiando en su persona a la oposición. Todo era agasajo y tentaciones para él: a cada instante se le ofrecía un negocito, una coima o se le hacía «mojar» en algún abuso más o menos disimulado. En los primeros días don Inacio reventaba de satisfacción: parecíale que el mero hecho de mandar él había cambiado radicalmente la faz de las cosas, que el pueblo tenía cuanto deseaba y soñaba, que los pagochiquenses vivían en el mejor de los mundos...

Indecible es la explosión de su rabia, primero cuando Silvestre le dijo las verdades en su propia cara, y después cuando Viera le aplicó en *La Pampa,* varios cáusticos de esos que levantan ampolla. Don Ignacio quería morder, y trataba de echarse en brazos de sus noveles amigos los situacionistas, que acogían sus quejas con

encogimientos de hombros y risas socarronas, contentísimos de verlo enredado en las cuartas.

Lo del desquite se había hecho público y notorio, gracias a la buena voluntad del farmacéutico.

—¿Cuándo podrá ser honrado don Inacio?—se preguntaban generalmente, como chiste de moda.

—¡Cuando la rana críe pelos!—replicaba alguno.—¡Ya le ha tomado el gustito!

Los principistas, entre tanto, trataban de demostrar que el extravío de un hombre no podía en modo alguno empañar la limpidez y el brillo de todo un programa de honestidad y de pureza. Y Ferreiro y los suyos, aprovechando la bolada, hacían lo imposible para aumentar el escándalo y el desprestigio alrededor de aquel puritano pringado hasta las cejas apenas se habia metido en harina.

—Así son todos,—predicaban—¡Quién los oye! ¡Los mosquitas muertas, en cuantito pueden se alzan con el santo y la limosna!

Ferreiro, al aconsejar a los delegados oficialistas de la capital, primero que hicieran municipal a don Ignacio y después que le dieran la intendencia, había echado bien sus cuentas y deseaba dar un golpe maestro que las circunstancias le presentaban maravillosamente, porque, como él solía decir a sus íntimos:

—¡Más vale pelear de arriba que de abajo! Cuando uno tiene la sartén por el mango no hay quien se le resista!

Pues bien, Ferreiro, conociendo el flaco del «desquite» que aquejaba a don Ignacio, trató de hacerle pisar el palito, pero de tal modo que, al caer, no arrastrara con-

sigo a uno siquiera de los instrumentos que le habían servido siempre en el gobierno local y sus adyacencias. El problema, aparentemente difícil, era de una sencillez bíblica. Ferreiro lo resolvió con un golpe de vista y una decisión napoleónicas.

La oportuna renuncia del comisario de tablada,—provocada por Ferreiro bajo promesa solemne de reposición e indemnización satisfactoria,—permitió a don Ignacio reemplazarlo con un hombre de su confianza, hechura suya, «capaz de echarse al fuego por él», y más, cuando el fuego estaba agradablemente substituído por el bolsillo del contribuyente.

Nadie se opuso al nombramiento, ni nadie lo criticó, salvo los copartidarios del intendente, a quienes todo aquello olía a chamusquina. Bernardez, pillete carrerista y gallero, que nunca había sido trigo limpio, comenzó en paz a ejercer sus funciones de comisario de tablada, coimeando y robando a gusto, y con prisa, como parte de «esa oposición que tiene el estómago vacío de hace veinte años, y quiere saciar en una semana el hambre de un cuarto de siglo»,—como decía *El Justiciero.*

No costó mucho a Ferreiro amontonar pruebas escritas y testimoniales de aquellas exacciones y de la participación que en ellas tenía don Ignacio, provocando con ellas un bochinche de doscientos mil demonios. Interpelación al intendente en el seno del concejo. Réplica anodina del interpelado. Iniciación por el concejo, ante la Suprema Corte de La Plata, de un juicio político contra el intendente don Ignacio Peña, acusado de abuso de autoridad, malversación de fondos, extorsión, la mar...

A todo esto, don Ignacio no había rescatado ni la mitad de los pesitos invertidos en la campaña opositora, y a cualquier lado que mirara no veía sino enemigos, pues todo el mundo se le había dado vuelta. Abocado al naufragio, suspendido por la Corte, con la comisaría de la tablada intervenida por el tesorero municipal, aquel de la larga fama, dirigió los ojos angustiados hacia los cívicos, esperando hallar entre sus brazos un refugio, por lo menos la piedad y el perdón que alcanzó el hijo pródigo.

Nadie le hizo caso. Era la oveja sarnosa que podía contaminar y desprestigiar la majada entera. En *La Pampa,* Viera le dijo sin piedad:

—El escribano Ferreiro le aconsejará lo mejor que pueda hacer. Nosotros lo hemos declarado fuera del partido.

El diario publicó, al efecto, esta resolución al día siguiente:

Silvestre, menos cruel, lo fué mucho más en realidad, desahuciándolo en esta forma:

—¡Tome campo ajuera, don Inacio! ¡Agarre de una vez p'a'l lau del miedo! ¡Metasé en un zapato y tapesé con otro!...

Don Ignacio trató de defenderse, «quiso corcovear», empezó una larga disertación, puntualizando sus principios, desarrollando sus planes de reforma, enarbolando su bandera cívica .. Silvestre que lo miraba con la cabeza inclinada ora a la derecha ora a la izquierda, de tal modo que el intendente podía apenas contener su ira furiosa, le interrumpió de pronto, exclamando con su tono más burlón y agresivo:

—¡Ande vás conmigo a cuestas!...

Estuvo a punto de recibir un tremendo puñetazo que solo evitó gracias a su agilidad. Pero era cierto. Don Ignacio no podía ya engañar a nadie ni engañarse a sí propio, siquiera. Aguardábalo el ostracismo que la patria ingrata reserva a sus grandes hombres... Al día siguiente renunció.

La Pampa de Viera dijo que aquello era un colmo de cobardía, la negación de todo valor cívico, la confesión de una falta absoluta de conciencia del valor, de las propias acciones, una mancha indeleble que caía sobre la reputación y el carácter de don Ignacio, como hubiera caído sobre el partido entero, si éste no hubiera repudiado y excomulgado a tiempo a la pobre oveja descarriada, que sólo merecía desprecio en la acción pública, lástima y olvido en la vida privada, que nunca debió abandonar.

El artículo de *El Justiciero,* inspirado por Ferreiro, era mucho menos contundente, y no apaleaba en el suelo al infeliz don Inacio.

«Se ahorra muchos disgustos—decía,—y permite a Pago Chico volver a la marcha normal de sus instituciones, dirigida por hombres que, cuando menos, tienen la experiencia del gobierno, el conocimiento de las necesidades públicas y el tacto que se requiere para no provocar a cada momento graves incidentes y dolorosas complicaciones.»

Como en aquel tiempo la Suprema Corte, instrumento político de primer orden para el gobierno, recibía cada mes cuatro o cinco expedientes de conflictos municipales,

y los apilaba sin piedad para años enteros si el ejecutivo interesado en la resolución de alguno de ellos no le mandaba otra cosa, el «juicio político» de don Inacio no había prosperado aún, y mediando la renuncia de la intendencia, de acuerdo los municipales y él, pudieron retirarse los escritos y echar sobre el asunto una montaña de tierra.

Don Ignacio, después de esta tragedia, casi no salía de su casa. Cuando se le hallaba por la calle parecía un pollo mojado. El apabullamiento había sido completo. Sin embargo Silvestre no le perdonaba, y una tarde que lo encontró, tuvo todavía el alma de decirle:

—Lo de la honradez ya lo sabemos, don Inacio. Pero, tengo curiosidá... ¿alcanzó a desquitarse del todo?

El otro estuvo a punto de morderlo, y lo hubiera hecho a no ponerse Silvestre a buen recaudo, gritándole:

—¡Lástima grande que no le dejaran empezar la honradez!... ¡No queda peso con vida!...

EN LA POLICIA

No siempre había sido Barraba el comisario de Pago Chico; necesitóse de graves acontecimientos políticos para que tan alta personalidad policial fuera a poner en vereda a los revoltosos pagochiquenses.

Antes de él, es decir, antes de que se fundara *La Pampa* y se formara el comité de oposición, cualquier funcionario era bueno para aquel pueblo tranquilo entre los pueblos tranquilos.

El antecesor de Barraba fué un tal Benito Páez gran truquista, no poco aficionado al porrón y por lo demás excelente individuo, salvo la inveterada costumbre de no tener gendarmes sino en número reducidísimo,—aunque las planillas dijeran lo contrario,—para crearse honestamente un sobre sueldo con las mesadas vacantes.

—¡El comisario Páez—decía Silvestre—se come diez o doce vigilantes al mes!

La tenida de truco en el Club Progreso, las carreras en la pulpería de La Polvadera ([1]), las riñas de gallos dominicales, y otros quehaceres no menos perentorios,

---

([1]) Ver «El casamiento de Laucha».

obligaban a D. Benito Páez a frecuentes, a casi reglamentarias ausencias de la comisaría. Y está probado que nunca hubo tanto orden ni tanta paz en Pago Chico. Todo fué ir un comisario activo con una docena de vigilantes más, para que comenzaran los escándalos y las prisiones, y para que la gente anduviera con el Jesús en la boca, pues hasta los rateros pululaban. Saquen otros las consecuencias filosóficas de este hecho experimental. Nosotros vamos al cuento aunque quizá algún lector lo haya oído ya, pues se hizo famoso en aquel tiempo, y los viejos del pago lo repiten a menudo.

Sucedió, pues, que un nuevo jefe de policía, tan entrometido como mal inspirado, resolvió conocer el manejo y situación de los subalternos rurales y sin decir ¡agua vá! destacó inspectores que fueran a escudriñar cuanto pasaba en las comisarías. Como sus colegas, D. Benito ignoró hasta el último momento la sorpresa que se le preparaba, y ni dejó su truco, sus carreras y sus riñas, ni se preocupó de reforzar el personal con gendarmes de ocasión.

Cierta noche lluviosa y fría, en que Pago Chico dormía entre la sombra y el barro, sin otra luz que la de las ventanas del Club Progreso, dos hombres a caballo, envueltos en sendos ponchos, con el ala del chambergo sobre los ojos, entraron al tranquito al pueblo, y se dirigieron a la plaza principal, calados por la lluvia y recibiendo las salpicaduras de los charcos. Sabido es que la Municipalidad corría pareja con la policía, y que aquellas calles eran modelo de intransitabilidad.

Las dos sombras mudas siguieron avanzando sin em-

bargo, como dos personajes de novela caballeresca, y llegaron a la puerta de la comisaría, herméticamente cerrada. Una de ellas, la que montaba el mejor caballo,—y en quien el lector perspicaz habrá reconocido al inspector de marras, como habrá reconocido en la otra a su asistente—trepó a la acera sin desmontar, dió tres fuertes golpes en el tablero de la puerta con el cabo del rebenque...

Y esperó.

Esperó un minuto, impacientado por la lluvia que arreciaba, y refunfuñando un terno volvió a golpear con mayor violencia.

Igual silencio. Nadie se asomaba, ni en el interior de la comisaría se notaba movimiento alguno.

Repitió el inspector una, dos y tres veces el llamado, condimentándolo cada una de ellas con mayor proporción de ajos y cebollas, y por fin allá a las cansadas entreabrióse la puerta, vióse par la rendija la llama vacilante de una vela de sebo, y a su luz un ente andrajoso y soñoliento, que miraba al importuno con ojos entre asombrados y dormidos, mientras abrigaba la vela en el hueco de la mano.

—¿Está el comisario?—preguntó el inspector bronco y amenazante.

El otro, humilde, tartamudeando, contestó:

—No, señor.

—¿Y el oficial?

—Tampoco, señor.

El inspector, furioso, se acomodó mejor en la montura, echóse un poco para atrás, y ordenó, perentoriamente:

—¡Llame al cabo de cuarto!

—No... no... no hay señor!

—De modo que no hay nadie aquí, ¿no?

—Si se... señor... Yo.

—Y usted es agente?

—No, señor... yo... yo soy preso.

Una carcajada del inspector acabó de asustar al pobre hombre, que temblaba de pies a cabeza.

—¿Y no hay ningún gendarme en la comisaría?

—Si se... señor... Está Petronilo.... que lo tra... lo traí de la esquina bo... borracho, si se... señor!... Está durmiendo en la cuadra.

Una hora después D. Benito se esforzaba en vano por dar explicaciones de su conducta al inspector, que no las aceptaba de ninguna manera. Pero afirman las malas lenguas, que cuando no se limitó a dar simples explicaciones, todo quedó arreglado satisfactoriamente; y lo probaría el hecho de que su sistema no sufrió modificación, y de que el preso-portero y protector de agentes descarriados, siguió largos meses desempeñando sus funciones caritativas y gratuitas.

LIBERTAD DE SUFRAGIO

Cierta noche, poco antes de unas elecciones, el Club del Progreso estaba muy concurrido y animado.

En las dos mesas de billar, la de carambola y la de casín, se hacían partidas de cuatro, con numerosa y dicharachera barra. Las mesitas de juego estaban rodeadas de aficionados al truco, al mús y al siete y medio, sin que en un extremo del salón faltaran los infalibles franceses, con el vicecónsul Petitjean a la cabeza, engolfados en su sempiterna partida de «manille».

El grupo más interesante era, en la primera mesita del salón, frente a la puerta de la sala de billares, el que formaban el intendente, presidente del Consejo, varios consejales y el diputado Cisneros, de visita en Pago Chico para preparar los susodichas elecciones. Entregábanse a un animado truco de seis, conversadísimo, cuyos lances eran a cada paso motivo de griterías, risotadas, palabrotas con pretensiones de chistes y vivos comentarios de los mirones que, en círculo alrededor, trataban más de hacerse ver por el diputado que de seguir los incidentes de la brava partida.

Junto a ellos, sentada en un sillón, con la pierna derecha cruzada sobre la izquierda, acariciándose la bota,

abrazándola casi, el comisario Barraba con el chambergo echado sobre las cejas y dejándole en sombra la mitad de la cara achinada, ancha y corta, de ralo y duro bigote negro, hablaba ora con los jugadores, ora con los mirones, lanzando frasecitas cortas y terminantes; como cuadra a tan omnímoda autoridad.

Descontentos no había en el club más que tres o cuatro; Tortorano, Troncoso y Pedrín, a caza de noticias, cuya tibieza les permitía andar por donde se les diera la real gana.

Los tres se hallaban cerca de la mesa del intendente y el diputado, podían oir lo que en ella se decía, y hasta replicar de vez en cuando,—aunque con moderación naturalmente,—al comisario Barraba.

Alguién habló de las elecciones próximas y de las respectivas probabilidades de cada candidato.

—Qué elecciones ni que elecciones!—exclamó Tortorano encojiéndose de hombros.—Nosotros nunca hemos tenido elecciones de veras, y no la tendremos jamás!... La libertad de sufragio...—agregó Troncoso sarcásticamente.

Pero el comisario, echando hacia atrás la cabeza, tanto que casi dejaba ver el dedo de frente descubierto entre el chambergo y las cejas, lo interrumpió:

—¿Qué dice amigo? ¿Que no v' haber libertá?

—¡Vaya, comisario, nunca ha habido!—objetó Tortorano sonriendo.

—Sería una novedad muy grande,—afirmó Troncoso retorciéndose el bigote con aire convencido.

—Y s'imajina, entonces, que yo estoy aquí p'a qui-

tarles la libertá a los ciudadanos? ¿Y que yo, comisario, lo h'e permitir?...

El diputado, el intendente y demás jugadores de la oligárquica mesa, levantaron la vista sorprendidos. El ruido disminuyó de pronto en el salón, como si los concurrentes se quedaran a la expectativa de un acontecimiento trascendental. Pedrín fué acercándose más al comisario...

—No digo eso,—murmuró Troncoso mirando al suelo y preguntándose interiormente donde iría a parar el hombre encargado en Pago Chico de asegurar el éxito de una candidatura dada, con exclusión total de la otra.

¿Se habría convertido de la noche a la mañana, después de tantas arbitrariedades y persecuciones?

—Yo tampoco digo que usted les quite la libertad. ¡No faltaba más!

Tortorano se encogió de hombros otra vez y se puso a armar un cigarrillo negro. Troncoso miró al comisario para ver si hablaba de veras. Pedrín, aunque no tuviera nada de cándido, intervino con ingenuidad:

—Me alegro mucho de harberl'óido,—dijo—Yo ya estaba por no ir a las elecciones. Pero desde que usté garante la libertá...

—¡La garanto, canejo! ¡Ya lo creo que la garanto!

El diputado Cisneros se incorporó en su silla, casi resuelto a llamar al orden al extraviado y demagogo funcionario policial. Las demás autoridades estaban, al oir semejantes despropósitos, que no sábian los que les pasaba.

—Pues si es así..—prosiguió Pedrín,—lo que es yo,

el domingo no faltaré en el atrio p'a votar por don Vicente.

Pero no había acabado de decirlo cuando el comisario estaba ya parado, de un salto tan violento y repentino que ni siquiera le dió tiempo para soltarse la bota. Y así en un pié:

—Pare la trilla que una yegua si ha mancau!—gritó.—¿Qué es lo que dice, amiguito?

—Que ya uue usted garante la elección v'y a sufragar por los cívicos... nada más.

—¡Dios lo libre y lo guarde! ¡Como de miarse en la cama!

—¿Pero no dice que habrá libertá de votar?

—Sí, para todos; pero libertá, libertad de votar por el candidato del gobierno!...

Un gran suspiro de satisfacción compuesto de seis suspiros se exhaló del truco oficial.

Y el ruido volvió entonces más alegre y estrepitoso que nunca...

BENEFICENCIA PAGOCHIQUENSE

De las dos sociedades de beneficencia formadas por señoras que había en Pago Chico, la más reciente era la de las «Hermanas de los Pobres», fundada bajo los auspicios de la augusta y respetable logia «Hijos de Hirám» que le prestaba toda su cooperación. La primera en fecha era la sociedad «Damas de Beneficencia», naturalmente ultra católica y archiaristocrática, como se puede — ¡y ¡vaya si se puede! — serlo en Pago Chico.

Las «Hermanas de los Pobres» se instituyeron «para llenar un vacío» según dijo *La Pampa*, y la verdad es que en un principio hicieron gran acopio de ropas y artículos de utilidad, cuyo reparto se practicó no sin acierto entre pobres de veras, sin distinción de nacionalidades, religiones ni otras pequeñeces. Distribuían tambien un poco de dinero, prefiriendo sin embargo, socorrer a los indigentes con alimentos y objetos dándoles vales para carnicerías, lecherías, panaderías, boticas,—todas de masones comprometidos a hacer una importante rebaja. La sociedad prosperó con gran detrimento de la otra, que ni tenia su actividad ni usaba de los mismos medios de

acción, ni aprovechaba útilmente sus recursos. Se hablaba muy mal de esta última. «Las Damas de Beneficencia» no servían ni para Dios ni para el Diablo según la opinión general. Es decir, esa opinión estaba conteste en que servía, pero no a las viudas, ni a los huérfanos, ni a los pobres, ni a los inválidos y enfermos, sino a su digna presidenta misia Gertrudis, la esposa del tesorero municipal, quien hallaba medios de ayudarse a sí misma, no ayudando a los demás, con los recursos que le llovían de todas partes. Pero, eso sí, la contabilidad de la asociación era llevada «secundum arte», limpia y con buena letra, como que de ello cuidaba el mismo tesorero, esposo fiel y servicial.

Tendrían o no tendrían razón de ser las hablillas circulantes, viviría o no viviría misia Gertrudis de lo que se daba—con bastante generosidad—para los pobres; esquilmaría o no esquilmaría el óbolo común; el hecho es que estrenaba anualmente dos o tres vestidos de seda que hacían poner rojas y verdes y amarillas de envidia a la comisaria, a la valuadora, a la misma intendenta; que de cuando en cuando, compraba un nuevo solarcito en las afueras del pueblo; que en su casa no faltaba nunca una copa de oporto de regular arriba, para obsequiar las visitas de cierta distinción, y que no se comía mal ni mucho menos en los almuerzos que ella y el tesorero daban a sus amigos, enemigos más bien.

Porque si no nos equivocamos, en todo el pueblo no había una persona que no hablara peste de la tesoreril pareja, hasta entre las que más la festejaban. Claro está, entonces, que «la calumnia fué creciendo» y no tardó

mucho en llegar a los propios oídos de la mismísima misia Gertrudis, en alas de la voz pública representada esta vez por una vieja pagochiquense, infatigable en la tarea de llevar y traer chismes y habladurías. Doña Dolores, enemiga a muerte de misia Gertrudis la despellejaba implacablemente, pero fingía ser su amiga, y hasta puede que lo fuera en el instante en que conversaba con ella.

Un día, pues, no resistió al deseo imperioso de contar a la interesada cuanto se decía en el pueblo, unas veces en voz baja, otras veces a gritos.

—Usted que es una señora decente, esposa nada menos que del tesorero municipal, no debe dejar que hablen esas cosas de usted, y darles una lección.

Misia Gertrudis la escuchaba furiosa, no interrumpiéndola sino con dicterios dirigidos indistintamente a todos los notables de Pago Chico. La presidenta no dejó de rabiar desde entonces. Loca de ira y de indignación llegó hasta jurar que presentaría su renuncia — cuya sola enunciación la hacía estremecer — y declaraba a voz en cuello que lo único que no podía soportar era la ingratitud, la injusticia de que se la hacía víctima inmaculada y dolorosa.

— ¡Calumniarme a mí, a mí!... ¡A ver si hay una sola de esas hijas de una... tal por cual, que sea capaz de «alministrar» tan bien como yo! ¡Que vengan, que vengan a esaminar mis libros!...

Y ostentaba los modelos de caligrafía pacientemente ejecutados por su marido; pero allá en el fondo, su con-

ciencia hacía un balance que nunca se habría atrevido a presentar, ni esas ni a otras damas cualesquiera, y le imponía la visión, como implacable libro diario, de los kilos de carne, de yerba, de azúcar, de arroz, de fideos y los litros de leche, de vino, de aguardiente, de aceite, de petróleo que debía a los pobres. E imaginábase que entre ellos se erguía la figura odiosa y acusadora de su colega la presidenta de las «Hermanas de los Pobres», esa «masona» que solamente por vil espíritu sectario, por hacer daño a la iglesia y a los católicos y a Dios mismo, llevaba sus libros peor escritos sí, pero con arreglo a la verdad.

Una mañana mister Kitcher, el acopiador de frutos del país, un inglés que nunca se ocupó de saber lo que ocurría en el pueblo, le envió un donativo de bastante importancia para el objeto, sin sospechar que aquel dinero pudiera extraviarse antes de llegar a su verdadero destino.

Misia Gertrudis había notado aquel día, no sin pena, que el bolsón de terciopelo cerrado por un cordón de seda, en que guardaba «aparte» el dinero de los pobres, estaba completamente vacío, sin el más mínimo resto de limosna. Es de imaginar, con cuanta satisfacción recibió la de mister Kitcher, y el buen humor con que se hubiera puesto a coser la bata — que proyectaba lucir en la próxima función que a beneficio de la sociedad iba a dar en el circo la compañía acrobática, del celebérrimo Tomate IV—si hubiera podido apartar de la imaginación el recuerdo de las comprometedoras habladillas y el encono cada vez mayor que sentía hacia las «Hermanas

de los Pobres», sobre quienes hacía llover las maldiciones de más grueso calibre. Así es qué apenas se sentó y sin advertirlo, se puso a murmurar dicterias enardedeciéndose cada vez con el propio rumor y la propia ponzoña de sus rezongos.

—Aquí le manda esto el sastre,—díjole la chinita Petrona, cuando apenas había dado dos puntadas.

Era la cuenta de una compostura de ropa de su marido y del arreglo de la levita negra para el «Te-Deum» del nueve.

—A ver, dame... ¡Ah, si, yá sé — exclamó misia Gertrudis, tomando el papel que Petrona le presentaba y devolviéndoselo acto contínuo. — Decile que vuelva el sábado... Ahora estoy muy ocupada.

Pero en ese instante recordó la ofrenda de mister Kitcher, cuyo dinero tenía aún el bolsillo, e iluminada por súbita inspiración — ¡ lo que puede la costumbre ! — bolsiquió por la manera, asió el bolsón de terciopelo, e inmovilizó a la chinita que ya iba a salir, gritándole:

—Espérate.

Muy grave, con una gravedad que imponía como siempre, respeto, añadió:

—No le digás nada. Tomá...

Y sacando los cuatro pesos que importaba la cuenta, los dió a Petrona que corrió a entregárselos al cobrador del sastre,—mientras la señora, reanudando el hilo de sus pensamientos y el curso de sus impresiones murmuraba indignadísima entre dientes:

— ¡ Pícaras! — ¡ Sin-vergüenzas — sospechar de que robo, yo, yo! ¡ Quisiera que estuvieran un momento en mi lugar, para ver las cochinadas que harían...

Pero se arrepintió de haber invocado tan peligrosos testigos, y, paseando la mirada recelosa por el cuarto, tanteóse el vestido, a ver si el bolsón de terciopelo continuaba en su sitio para seguir socorriendo a los pobres acreedores.



ÚLTIMAS PUBLICACIONES

HANS WEGENER.—*Nosotros los jóvenes.* El problema sexual del jóven soltero .... $ 1.50

M. MAETERLINCK.—*El Pájaro azul.* La mejor obra del gran escritor belga .... $ 1.50

J. E. RODÓ.—*Ariel.* 15.ª edición .... $ 1.00

J. TORRENDELL.—*El año literario.* Prólogo de Constancio C. Vigil .... $ 2.50

BELISARIO ROLDAN.—*Llamas en la noche.* Nuevas poesías. $ 2.00

M. MAETERLINCK.—*Los senderos en la montaña.* Traducción de la última edición francesa .... $ 2.00

LEON TROTSKY.—*El bolcheviquismo ante la guerra y la paz del mundo* .... $ 2.10

Obras de AMADO NERVO

Elevación. Nuevos poemas .... $ 2.00
Plenitud. Su mejor libro de prosa .... $ 2.00
Serenidad. Poesías .... $ 1.50
Soledad. Cuentos .... $ 1.00
Sus mejores poemas .... $ 1.00
La mujer moderna y su papel en la evolución actual del mundo $ 2.00

M. MAETERLINCK.--*La muerte* .... $ 2.50

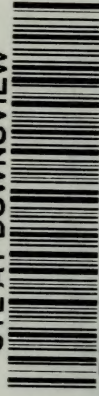
A. PEREZ LUGIN. -- *La casa de la Troya* .... » 2.00

Obsequiamos a todos los compradores por más de diez pesos, con nuestra bonita cartera «Correspondance», con espléndidos papeles y sobres para escribir. Solicite LECTURAS, Revista guía del buen lector, y dirija todos los pedidos a la EDITORIAL TOR, Victoria 788, Buenos Aires.

EL PRÓXIMO CUADERNO S

AMADO NERV

IMP. "NOVITAS" DANON & CIA.
RECONQUISTA 459 - BS. AS.


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 14 03 07 024 7